

De cara al futuro

Vieja Revolución, nuevos problemas

Por MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA

2133
WJ

EL dirigente priista en la Cámara de Diputados, Luis M. Farias, dijo el discurso oficial ante el monumento a la Revolución, para conmemorar el 69º aniversario del inicio del movimiento social que configuró el país en que ahora vivimos. Una afirmación sugestiva entre las que los revolucionarios no temen al futuro, pues se encargan de construirlo. Habría que ver hasta qué punto sus palabras son convalidadas por los hechos.

Durante la última campaña electoral, el lema del PRI, el partido que se tiene a sí mismo como administrador de la herencia revolucionaria, fue típicamente conservador. Lo era por sí mismo y por el contexto en que se difundió. "Para seguir siendo libres", que tal era el **slogan** utilizado pretendía hacernos suponer que los valores políticos de que disfrutamos pueden perderse si cambia la situación en que hasta ahora hemos vivido, lo que muestra un claro temor ante el porvenir.

Por supuesto que es deseable seguir siendo libres. La libertad no es un valor que haya perdido vigencia, sino al contrario. Pero conviene tener muy precisa la idea de lo que la libertad significa para todos nosotros. Es indudable que, contrastado con cualquier otro país de América Central y del Sur —excepción hecha de Costa Rica y Venezuela, y quizá Ecuador y Brasil en los meses recientes— nuestros márgenes de acción política libre son muy amplios, pues no padecemos aquí un despotismo militar, ni es masivo el riesgo de desaparecer sin dejar rastro, víctimas de un secuestro practicado por cuerpos paramilitares. También es cierto que formalmente gozamos el privilegio de participar en sindicatos y partidos, a través de los cuales asistimos a la formación de la voluntad política estatal. Nos beneficiamos también de la libertad de expresión, en ejercicio de la cual podemos formular este examen de lo que ha hecho la revolución y de los frutos de la acción gubernamental.

Pero tales innegables libertades son patrimonio de solo unos pocos. El ensanchamiento de la base social que disfruta de ellas no ha sido posible a lo largo de casi setenta años. Más allá de la retórica, es claro

para todos que la máxima libertad es la que nos libera de la necesidad. Somos esclavos en tanto que somos ignorantes, en tanto que estamos enfermos, mientras continuamos en la desnutrición. Y es evidente que la revolución no ha sido suficiente para colmar esas necesidades de la mayoría de los mexicanos.

Entre otros, un gran desafío de la Revolución Mexicana, cuando ya casi es resuelto los problemas que no haber resuelto los problemas que la suscitaron, en la dimensión que hacia falta, y el tener que enfrentarse, con instrumentos que plantea el tiempo de nuestra hora. Por ejemplo: incapaces de resolver el problema de la tenencia de la tierra, estamos siendo también incapaces para producir los alimentos agropecuarios que el país necesita. De tal suerte que la esclavitud por hambre que aqueja a muchos mexicanos puede cercarnos también como nación, pues la dependencia peor en la que podemos caer es aquella que se expresa en el sometimiento a quienes nos provean la comida.

De allí la urgencia de cambios, de todo orden, a que nos enfrentamos. No sólo estamos urgidos, como se piensa con criterio gerencial, de aumentar la producción y la productividad, pues tener esas como metas puede afianzar más el dominio ilegítimo que unos hombres ejercen sobre otros en nuestro sistema de relaciones sociales. También éste es el que debe ser transformado, no para traicionar la revolución, sino para llevarla a sus últimas consecuencias. Ni siquiera sabremos de qué es capaz el régimen político y social nacido de ella si no lo hemos puesto en práctica más que a medias.

Es natural que los revolucionarios que llegan al poder se conviertan en conservadores. Es natural por la poltronería y también lo es porque ellos tienden a pensar que lo valioso de sus obras debe ponerse a salvo de los contestarios, a los que juzgan carentes de razón. Pero el tiempo se ha encargado de mostrar, una y otra vez, que todo movimiento que se considere a sí mismo como la última, inamovible etapa de la historia, ha venido a ser negado por la historia misma.